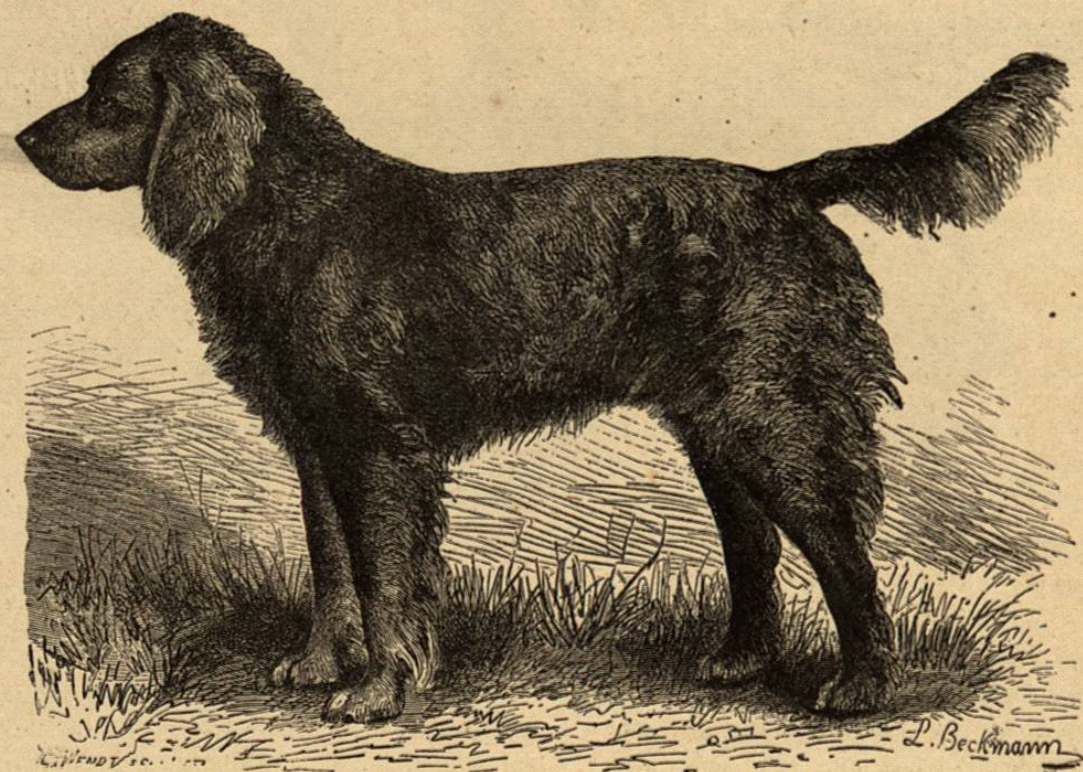


terreno y parte en la de las gamuzas. Cuando éstas se ven acosadas, se refugian siempre en las alturas, y, por consiguiente, es fácil tirarles. Si, por ejemplo, como aconteció en las dos cacerías citadas, un tajado peñasco cierra algún valle, ofrece sólo un punto aislado, cómodo para el paso. Pero las gamuzas, como todos los animales y como el hombre, no propenden á fatigarse gratuitamente; eligen el camino más cómodo, y así se comprende que todas las de un valle se tiren sin trabajo. Añádase á esto que los variados ecos producidos por el tiro en las montañas elevadas dificultan sobremanera conocer la dirección en que ha caído la pieza, y que las gamuzas están harto acostumbradas al estruendo de las avalanchas y de los desprendimientos de los grandes peñascos, y á otros ruidos semejantes al de la explosión de las armas de fuego. Si suena, pues, un tiro, y cae uno de estos animales, no se asustan los demás de la manada, ni dejan de seguir



su camino; lo que nunca sucede en las monterías en tierra llana. Sólo así se explica que en la primera de las dos cacerías indicadas se me presentasen sucesivamente á tiro unas doce manadas, compuesta cada una de diez á veinte cabezas, y que matara yo seis vigorosos machos con la misma comodidad que si me los hubieran atado, viniendo las últimas pjaras tan confiadas como las primeras.

Para el buen éxito de esta caza, á mano ó al acecho, es necesario dominar á las piezas, conocer á palmos el terreno, el número de las que se han de tirar y el paraje en donde se halla el cazador, así como las costumbres de la caza; tener mucho cuidado con el viento, piernas robustas, cabeza no sujeta á vértigos, buena vista y puntería certera. Los novicios no sirven para esto, á no ser que les sirva de guía un veterano, mientras que al ojeo, aun siendo medianías, la diversión es completa y segura.



CAPITULO XIII

LA CAZA DEL JABALI



ANIMAL tan conocido es el jabali, tipo del cerdo doméstico, que casi podríamos dispensarnos de reseñarlo minuciosamente.

Tiene las orejas más rectas y más pequeñas que el cerdo doméstico, la cabeza enorme y desproporcionada con

relación al resto del cuerpo, que sustentan cuatro patas muy cortas; sus terribles colmillos son encorvados hacia fuera, y lleva cubierta la piel de cerdas erizadas en todo tiempo. El pelo es negro, por lo común; su vista, de poco alcance; el olfato y el oído son muy finos en cambio, y carece de juego en el pescuezo, por cuya causa no puede volver á los lados su monstruosa cabeza.

Tomo III.—Caza mayor y menor

El conjunto que ofrece este animal es feo, y, más que feo todavía, repulsivo; pero cuando se siente herido y se entrega á la furia del combate, lleno de espuma y con los ojos inyectados en sangre, ó cuando, según representa nuestra lámina, se ve acosado de cerca por el furor de la jauría y la amenaza de los cazadores, y corre como una saeta, y salta cercas y pantanos, y troncha jarales huyendo de sus perseguidores, entonces es preciso confesar que presenta un aspecto magnífico en toda la plenitud de su selvática bravura y de su indómita fiereza.

Sin embargo, el jabali no es una bestia feroz, propiamente dicho. Teme al hombre; corre cuando éste se le aproxima, aunque no tiene miedo alguno de los perros, sucediéndole lo contrario que á las demás piezas de caza, á las que el perro inspira un terror profundo.

El jabali no pide más que una cosa, ó, por mejor decir, dos cosas: la primera, que le dejen durante el día encamarse tranquilamente en el lugar más húmedo y

recóndito del monte, y la segunda, que no le inquieten cuando sale por la noche á beber, á bañarse y á buscar su comida, que consiste en castañas, bellotas, raíces, frutas y granos de toda especie. No sólo por lo que come, sino por el procedimiento brutal que emplea para procurarse el alimento, hace destrozos inmensos en los sembrados y en los viñedos, despoblando hasta los sotos de conejos, cuyos vivares destruye hozando en la tierra con objeto de devorar á los gazapos.

Un campo por donde ha pasado una manada de jabatos y jabalíes es un campo más asolado y removido que el que sufre el azote del huracán ó los estragos de la guerra. Si, como nosotros, les hubiera contemplado varias veces algún individuo de la *Sociedad protectora de los animales*, recordando, al propio tiempo, la pasmosa fecundidad de la jabalina, no se le ocurriría siquiera protestar contra la caza que declaramos al *solitario* de los bosques, caza grandiosa, caza divertida, y, sobre todo, utilísima por las razones convincentes que acabamos de exponer.

Cuando se trata de tirar á un corzo que vuelve hacia nosotros aquellos grandes ojos, engarzados como perlas negras en su airosa cabeza, ó cuando se ve rodar por el suelo la forma elegante de un ciervo atravesado de un balazo, se neutraliza algún tanto la alegría del cazador al ver rendida para siempre tan gallarda hermosura; pero enfrente de un jabalí que lucha, y que se defiende cuando le acosan, se siente el hombre acometido del vértigo del combate, de la ira de la venganza; y allí, con los pies manchados en la sangre de los valientes perros, se experimenta un placer supremo al hundir el cuchillo hasta la empuñadura en el cuello del jabalí, que, después de hacer esfuerzos supremos para herir todavía más con sus afilados colmillos, lanza el último soplo de vida por la boca sangrienta que el cazador acaba de abrirle.

La caza del jabalí se remonta á esas épocas que hemos convenido en llamar *la oscuridad de los tiempos*. Es, por lo tanto, tan antigua, que algunos escritores pretenden que fué uno de los primeros animales perseguidos por la saña del hombre. Las historias griegas de las épocas fabulosas están llenas de relatos y de lances de este género de caza.

¿Quién no recuerda el jabalí de Calydón, muerto por Meleagro, y el célebre de Erémanto, vencido por Hércules? La muerte de uno de estos animales constituía el mayor lauro para un guerrero; y así es que, no solamente en los pueblos grecolatinos, sino en Asia, en África, en las comarcas del norte de Europa, en las Galias y en los accidentados bosques de la Germania, se perseguía

al jabalí sin tregua ni reposo por todas las clases sociales, ya corriéndole con caballos y con perros, ya armados los cazadores con lanzas, con chuzos, con venablos, con picas, con dardos y con partesanas, sistema que ofrecía grandes peligros, pero que, en cambio, proporcionaba más gloria al vencedor. Los que no podían soportar los gastos de un fin de caza, mataban el jabalí á la espera, y otros con trampas y lazos. El objeto era exterminarlos sin piedad, y todos los medios eran aceptables.

Durante los tiempos bárbaros vió siempre el jabalí ante sus ojos desplegada la bandera negra, hasta que vino la edad media. En este período le dejaron descansar algún tanto los gustos caballerescos de los señores, mucho más aficionados al arte de la cetrería que al de la montería: de modo que los jabalíes se apoderaron del dominio de los bosques al finalizar el siglo xv, llegando hasta á invadir las cercanías de los grandes centros de población.

Pero con el Renacimiento vinieron las ciencias y los descubrimientos útiles, y entre éstos dos que fueron fatales para el jabalí: la pólvora y la escopeta. Las antiguas armas blancas se refundieron en el cuchillo, de monte, empleado, no como único medio de defensa, sino como auxilio ó remate del arma de fuego, porque la bala y las postas se encargaron de lo principal de la faena.

Con tan poderosos elementos de destrucción recrudeciése, y aun continúa lo mismo, la guerra al jabalí, que se caza en mano, á ojeo, á la serena, ó sea en las noches de Luna; á la espera, ó con perros y caballos, que es el sistema más adoptado, sobre todo en Extremadura, donde se le da el nombre de *ronda*. Se hace como á la serena á la luz de la Luna, empleando cuchillos en vez de escopetas, porque, aunque las llevan los cazadores, rara vez hacen uso de ellas.

Cuando las bellotas están crecidas y empiezan á desprenderse de las encinas que pueblan los magníficos montes extremeños, se lanzan los jabalíes á devorarlas con ansia durante la noche. Los cazadores que han ido á recechar las reses están en aguardo con un perro que llaman *maestro*, que sólo late al jabalí, y que anda suelto olfateando y venteando hasta que encuentra á su enemigo. Entonces le late con firmeza, y, al oírlo, sueltan los alanos y los mastines, que corren en tropel al sitio marcado por el maestro. El jabalí, en vez de huir, acula y hace frente á los perros. Los cazadores se precipitan á caballo, atravesando los campos á la pálida luz del astro de la noche, como negras figuras de una leyenda fantástica; y cuando los alanos y mastines han



La caza del jabalí

hecho presa de la res, la rematan á cuchilladas y bayonetazos.

Otras veces se le tira al pasar cuando va perseguida por la jauría. Como la ronda es peligrosa y ocasionada á desgracias personales por la hora en que se verifica, suelen algunos cazadores llevar un cercerrillo colgado de modo que suene, para evitar que un compañero le dé un tiro tomándolo por una res al moverse, y proyectar una de esas vagas sombras que tanto engañan en la espesura del monte. Además los jabalíes están acostumbrados á oír el cencerro de los ganados que andan sueltos por el campo, se recelan menos, suelen aguardar más, y puede el cazador tirarles de cerca, cuidando siempre de no colocarse en las veredas, entradas ni salidas de la res, porque siempre marcha recta, arróllando todo cuanto se opone á su paso.

El buen cazador debe siempre apartarse á un lado y dejar libre la senda al jabalí, sin hostigarle hasta después que haya pasado.

Es imposible describir con la pluma una de esas escenas, porque sería preciso imitar los gritos de júbilo que lanzan los cazadores, el eco sonoro de las trompas, el galopar vigoroso de los caballos, los latidos de los perros, que se enardecen al aspirar el punzante olor que el jabalí va dejando tras de sí, y, por último, ese ruido especial que hace la res cuando huye al tronchar furiosa lo que encuentra delante de su camino.

Es preciso montar una res para comprender cuán solemne y varonil es la grandeza de un acto que tiene muy pocos semejantes en la historia turbulenta de la caza.

II

El origen del jabalí se pierde en las nebulosidades de eso que hemos convenido en llamar *la noche de los tiempos*. Su número era tan considerable en los antiguos, que casi poblaban por sí solos los bosques de las Galias, de España, de Italia y de Grecia, proporcionando continua ocasión á los cazadores de lucir su habilidad y destreza en arriesgadas empresas venatorias. Así es que no hay, en los siglos que pasaron, un animal más asendereado que el jabalí, ni sobre el cual hayan dejado más documentos los escritores cinegéticos de todas las edades conocidas. La persecución del jabalí reunía la doble ventaja de proporcionar las emociones consiguientes á una batida contra las bestias feroces, y

el deleite de comer una carne exquisita, por la que los romanos se mostraban, no solo aficionados, sino fanáticos hasta un punto inconcebible.

Etruria, la Umbria, Laurentino y la Lucania, eran las comarcas más provistas de jabalíes, notables por su tamaño y por su selvática fiereza; no siendo dignos de competir con ellos sino los que vivían en Grecia en las fértiles montañas de Tesalia y de la pastoril Arcadia.

Las primeras epopeyas y las más antiguas leyendas se ocupan de la caza del jabalí, que los poetas han inmortalizado con sus magníficas descripciones. Hércules persigue al jabalí de Erimanto á través de espesa nieve, le aprisiona en una red y se lo lleva á Eúristea. «Este monstruo, que devastaba toda la Arcadia,—le dice orgullosamente,—no ha podido resistirse á mí, y quiero verlo postrado y sin vida á tus plantas.»

Adonis recibe la muerte monteando un jabalí. Los perros encuentran la pista del solitario de los bosques; le hostigan en su cubil, obligándole á salir á un claro, donde Adonis le aguarda para lanzarle su venablo. Pero el golpe, demasiado oblicuo, no hace más que un rasguño en la piel del animal, que, revolviéndose con furia, se lanza sobre su antagonista, y, después de clavarle los colmillos en una ingle, lo derriba en tierra, espirante y bañado en sangre. ¡Cuántas lágrimas costó aquella catástrofe á la hermosa Venus, y cuánto odio había hacia el jabalí en el fondo de su corazón herido!

Según una leyenda de los tiempos mitológicos, Marte tomó la forma de la res para dar muerte á Adonis, y son infinitos los monumentos antiguos que recuerdan aquella escena cinegética. En varios sarcófagos romanos se ve la figura de Adonis en el acto de partir para la caza, y la triste escena de la muerte de ésta está esculpida en un bajo relieve que existe en el Museo Británico de Londres.

El arcadio Anceo pereció también á las dentelladas de un jabalí, y Meleagro se hizo célebre en la edad heroica por la muerte que dió al de Calydón y á los dos hermanos de la misma madre del intrépido cazador, que le disputaban el más valioso trofeo de su hazaña: la cabeza ensangrentada de la fiera.

En memoria de estas batidas, que libraban al país de tan terribles huéspedes, espanto de los pastores y de los viajeros, los pueblos, reconocidos, inmolaron jabalíes en los altares de Hércules, á cuyo dios presentaban los cazadores, como ofrenda, una parte de lo que mataban en los bosques.

El puerco era un animal sagrado para los cretenses. Hé aquí la leyenda, escrita por Agatocles, en su libro sobre la ciudad de Cizica: «Júpiter nació en la isla de

Creta, donde todos los años se hace un sacrificio secreto inmолando una cerda. Un animal de esta especie dió de mamar al niño en su infancia, y, gruñendo siempre en derredor de la cuna, impidió que se oyeran los gritos de la criatura recién nacida. De esto proviene la veneración de los cretenses, que se guardan muy bien de comer carne de cerdo. De esta manera pudo Júpiter escapar de los dientes crueles de Saturno.»

También el dios Pan recibía ofrendas de los cazadores. El jabalí, que destrozaba sin piedad las cepas tan queridas de Baco, que sacaba de cuajo los árboles con sus acerados colmillos, poniendo en fuga hasta á los perros de los pastores, fué encontrado un día por el valiente Xenófilo, que le atravesó con su jabalina, cogiendo de un haya los sangrientos despojos de la bestia feroz, consagrada al dios Pan en calidad de ofrenda.

Pero lleguemos ya al período histórico, y oigamos á Oppiano, el cual dice en sus *Cinegéticas* que el jabalí ocupa un lugar muy distinguido entre los animales silvestres y belicosos. Gusta mucho de hacer su hábitculo en los sitios más recónditos del bosque, ó en el fondo de los precipicios, porque detesta el ruido y la vecindad de toda clase de animales. Errante siempre por el monte, persigue á la hembra con ardor, y en sus eróticos trasportes se le erizan las cerdas sobre el cuello, como el penacho de un casco. Va regando la tierra con la blanca espuma que sus dientes destilan á impulsos del más ardoroso aliento. En los amores demuestra mucho arrebató y poca ternura: si la hembra, sumisa, soporta sus caricias, el furor desaparece como por encanto; pero si rehusa sus halagos y huye, entonces el jabalí se lanza rabioso sobre ella y la hiere con los colmillos hasta que expira.»

Por esta causa es muy peligroso montar jabalíes en la primavera.

Plinio el viejo decía que, cuando estos animales combaten entre sí, se endurecen la piel de los costados frotándose contra los árboles, revolcándose luego en el cieno de las tierras húmedas para hacerse una especie de coraza de fango, y añade que las hembras son muy temibles cuando están recién paridas. Es muy difícil arrebatarles los jabatillos; y éstos, según dice Xenofonte, cuando se ven descubiertos por los perros, huyen con sin igual presteza á lo más oculto del bosque, donde les siguen sus padres convertidos entonces en tremendas fieras, porque luchan más en defensa de sus hijos que en la suya propia.

El jabalí posee el instinto de ocultar su estiércol á los ojos de los cazadores, cubriéndolo perfectamente de barro; y cuida también de descargar la vejiga para es-

tar más ligero en la fuga al verse perseguido. Tiene también otro instinto, peculiar en todos los animales: el de su debilidad y el de su fuerza. Conoce las ventajas y los medios de defensa que ha recibido de la naturaleza, y los utiliza con exclusión de los demás; así es que en la lucha sólo se sirve de la fuerza poderosísima de su cabeza y del auxilio de sus colmillos, que aguza contra las piedras antes de trabar la pelea, si hemos de dar crédito al testimonio de Homero, confirmado por Eliano y otros autores.

En unión de opiniones serias y concretas, hallamos también indicaciones puramente fantásticas en varios escritores de la antigüedad, como, por ejemplo, la de que los colmillos del jabalí tienen interiormente un calor semejante al del fuego.

Hé aquí lo que dicen Póllux, Oppiano y Xenofonte: «Cuando los perros han derribado al jabalí, y éste sucumbe á los golpes de las picas y las jabalinas, si se le arranca una cerda del cuello y se le aproxima á los colmillos cuando respira todavía, el pelo, abrasado por el calor, se retuerce en forma de espiral, y las heridas que hacen á los perros tienen el aspecto de cicatrices causadas por el hierro candente del cauterio.»

Este aserto, como ya hemos indicado, es de todo punto fantástico, y no hay fundamento sólido que lo acredite.

En la antigüedad, lo mismo que hoy sucede, había dos clases de cazadores. Unos que sólo buscan el placer que les proporciona su ejercicio favorito, y otros que viven del producto de las piezas que matan. Éstos salen de su casa sin aparato, bien armados y en compañía de un buen perro, ojeando ellos mismos y luchando con los animales cuerpo á cuerpo, si antes no han podido aprisionarlos en los lazos ó en las redes tendidas al efecto.

¡Qué movimiento, qué trenes y qué aprestos, por el contrario, cuando los ricos atenienses ó los patricios romanos iban á la caza del jabalí! Numerosas jaurías de perros escogidos y clasificados según su origen y sus cualidades; picadores con sus trompas, y un ejército de esclavos que llevaban las redes, las cuerdas y las armas de refresco, constituían, á pte y á caballo, el lucido séquito de los nobles y poderosos señores de aquella época. Si el lugar de la caza estaba lejos del punto de partida, se enganchaban á los furgones briosos caballos, y la alegre comitiva se ponía en marcha invocando el nombre de la diosa Diana.

Filostato ha descrito poéticamente las actitudes, los trajes y el ardimiento de los cazadores que perseguían al jabalí, jinetes en caballos rápidos como el viento.